

— El caso es, añadió Matusalem, que la señorita de Vegahonda se casa, y se casa pronto.

— He oido esa especie, contestó el banquero con inquietud visible y sin apartar los ojos del papel, en el cual habia podido distinguir una palabra, que habia centuplicado su curiosidad.

Esta palabra campeaba sobre el escrito en letras grandes, muy grandes, como si quisieran dar magnitud al sentido; venía á ser como el título que pone á los lectores en camino del capítulo que van á leer, dándoles la idea dominante del asunto.

Aguijoneado por el sentido de la palabra que sus ávidos ojos habian podido recoger, y en la imposibilidad de leer más en el resto de la letra, que corria encadenada en largos renglones, el suspicaz banquero se consagró á espiar el semblante de Agudo, que, al parecer, no veía otra cosa que el escrito que tenía delante.

No fué inútil la observacion, pues pudo recoger dos preciosos datos.

Primero : Que Agudo habia arqueado ex-

presivamente las cejas, en señal de admiracion y de asombro.

Segundo : Que un momento ántes de concluir tan atenta lectura habia asomado á su boca una sonrisa plácida, casi inefable, como si viera el cielo abierto.

Terminada la lectura del papel misterioso, Agudo se levantó, y con aire majestuoso, más bien satisfecho, fué á colocarlo sobre la mesa del escritorio, y volviéndose á Matusalem, le puso la mano en el hombro, diciéndole :

— Hablarémos despacio.

— Ya conoce V..... comenzó á replicar Matusalem; mas no pudo concluir, porque su interlocutor le puso la mano en la boca, añadiendo :

— Lo conozco todo, lo conozco todo.

Claro es que Redondo no perdía detalle, tomando, en su curiosidad excitada, gigantescas proporciones los más insignificantes accidentes.

— Señores, dijo levantándose á su vez, estorbo, y eso no es justo.

— No, señor, replicó friamente Agudo;

respuesta con la que lo mismo podía negar lo primero que afirmar lo segundo.

—Sí, sí, insistió Redondo. Además, son ya..... ¡Caracoles!..... las seis y diez. ¡Ah! cómo se pasa el tiempo. Ya lo creo, si hace una hora que entraron luz.

Y tomando el sombrero, estrechó la mano de su rival primero, después la de Alejandro, y se dirigió á la puerta.

Matusalem miró á Agudo, y Agudo le hizo un gesto, cuya significacion no pudo comprender.

En aquel momento el banquero afortunado se dió una vigorosa palmada en la frente, se volvió y dijo :

—Vamos, he perdido la cabeza..... A las seis y diez me encuentro con que me esperan á comer en dos casas..... ¡Caramba!..... y en las dos se come á las seis y media..... y es claro, á una de las dos hay que avisar para que no me esperen, y hay que dar alguna excusa para que no se ofendan.

Diciendo y haciendo, dejó el sombrero sobre una silla, sacó una cartera con presi-

llas de oro, sacó una tarjeta, y se acercó á la mesa, diciendo :

—La Generala tendrá que dispensarme hoy, porque me tiene cogida la palabra el Embajador de Inglaterra.

—¡Oh! exclamó Matusalem, y los ingleses, cuando cogen una palabra, no la sueltan fácilmente.

—Es gente formal, añadió Agudo reclinándose contra la chimenea. Se puede tratar con ellos, en la seguridad de que lo sacrificarán todo á su conveniencia; para un inglés lo primero es Inglaterra.

Desde el momento mismo en que Redondo se acercó al escritorio á poner al pié de su nombre, contenido en la tarjeta, las excusas que debía enviar á la Generala, sus ojos se clavaron en el papel que poco ántes vió en las manos de Agudo.

Con decir que clavó los ojos en el papel, digo que devoró su contenido, leyéndolo con disimulada atencion palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra, mientras que inclinado sobre la mesa escribía, ó fingía escribir, en la tarjeta, alguna frase á

propósito para evitar el enojo de la Generala.

Lo que vió en el papel que tan vivamente habia excitado su curiosidad fué lo que sigue :

En primer lugar, reconoció la palabra que como un epígrafe campeaba en letras grandes sobre el escrito; la palabra decía : « NE-
GOCIO.»

Despues leyó :

«Lanuza necesita en un breve término cien mil duros, que reintegrará en seis meses.

»La garantía de este préstamo consiste en una fortuna de seis millones de renta, que adquirirá ántes que espire el plazo arriba señalado, por medio de un matrimonio previamente convenido.

»La seguridad del cumplimiento está en el empréstimo mismo, que hace irrevocable el matrimonio, fundamento de la garantía.

»Se presenta la firma de Lanuza, apoyada en la firma de la criolla.

»Se recibirán cien mil, y se pagarán ciento cincuenta mil.»

Hé ahí lo que Matusalem habia escrito.

— ¡Bravo! exclamó Redondo soltando la pluma y agitando en el aire la tarjeta para que se secára la tinta. Creo que la Generala quedará satisfecha.

— Mi ayuda de cámara en persona, dijo Agudo, la llevará inmediatamente á su destino.

— No, no, replicó el banquero retirando la mano. Tengo ahí el coche, la casa de la Generala la encuentro al paso, y mi lacayo dejará la tarjeta en la portería; así se gana tiempo.

Cogió el sombrero y se lanzó á la puerta, seguido del dueño de la casa, que salia cortésmente á despedirle.

Una vez fuera de la habitacion, Agudo le detuvo, diciéndole :

— Somos rivales, lo cual quiere decir que somos enemigos; pero en toda guerra hay armisticios : propongo uno.

— ¡Un armisticio! exclamó Redondo.

— Sí; soy un enemigo leal, un enemigo franco, y me dirijo á un adversario noble.

— ¿Adónde va V. á parar?

— A esto : No tengo fondos disponibles,

y necesito con urgencia dos millones de reales, que tomaré al diez por ciento.

— ¡Canastos! ¡Dos millones de reales! gritó el banquero..... friolera..... No quiero decir que sea una suma escandalosa..... no..... dos millones es una bicoca; algo más he invertido yo este año en renovar mis trenes y el mueblaje y los tapices de mi casa..... pero, vamos á cuentas : ¿ cómo quiere V. que ponga mis armas en manos de mi enemigo?..... ¡Y al diez por ciento!..... No puedo..... mi caja..... tiene muchas obligaciones..... y.....

— Basta, replicó Agudo; queda retirado el armisticio y sigue la guerra.

Un momento despues entraba Agudo en su despacho y Redondo en su coche; el primero riyendo á carcajadas, el segundo reventando de risa.

— Éste último, balanceándose sobre los almohadones de su berlina, dijo :

— ¡Dos millones! ¡Se habrá visto audacia semejante!..... No le faltan fondos; basta que él lo diga para que yo no lo crea; y su intencion es clara, quiere hacer el negocio de Lanuza con mi dinero..... ¡Cómo se hu-

biera reido de mí el pillastre!..... ¡Ah! es un bribon..... un bribon muy largo, y hay que jugarle una buena..... La idea que me ha ocurrido es magnífica..... Vamos, le va á costar la fiesta cincuenta mil duros.

Y como Andres Chenier cuando iba á la guillotina, se golpeaba la frente, exclamando :

— Aquí hay algo..... aquí hay algo.

Matusalem esperó á que Agudo pusiera término á su carcajada, y se entabló entre ellos el diálogo siguiente :

— Me parece que le he traído á V. un buen negocio.

— No, amigo mio; el negocio es malísimo.

— ¡Cómo!..... ganar un millon en seis meses, ¿ no es un buen negocio?

— Sin duda; pero perder dos millones será siempre un negocio detestable.

— ¡Y cómo pueden perderse dos millones, garantidos por una fortuna de trescientos mil duros de renta?

— Muy fácilmente.

— Explíqueme V. la dificultad que se le ocurre.

— Es muy sencilla, y á V. le habrá ocurrido como á mí.

— Aseguro que no.

— Es lo mismo.

— No la veo por ninguna parte.

— Oígame V.: el tonto de Medina ha metido á Lanuza en una jugada en que debió caer el estúpido de Redondo, de cuyas resultas su amigo de V. está arruinado.

— ¡Arruinado, dice V., y va á casarse con la criolla!

— Mientras no se case, querido Alejandro, su firma no ofrece garantía segura.

— ¿Y la firma de ella?

— ¡La firma de ella! Ella es menor, está bajo la patria potestad, y su firma no tiene en juicio el valor necesario.

— ¿Y cree V. que la madre, en todo caso, no se apresuraria á recoger la firma de su hija á cualquier precio?

— Convengo en ello; pero, ¿dónde está esa firma?

— En un documento auténtico, escrito de su puño y letra, en que no hay más que pedir.

— Perfectamente..... en una carta amorosa, escrita en un momento de irreflexion, en la cual dirá: Te adoro; tuya ó la muerte. No puede decir más, y no es poco. Mas, ¿quién se determina á fiar dos millones de reales á la constancia de una mujer?

— Éste caso es distinto, porque la criolla está apasionada formalmente, está comprometida, tiene empeñadas su vanidad y su palabra; más aún, tiene empeñados su amor y su ódio, porque ama á Lanuza y detesta al Duqué.

— Muy bien; pero la madre intentará convencerla, persuadirla, y en último resultado, irá ganando tiempo..... y eche V. la cuenta.

— En tal caso, la señorita de Vegahonda hará una locura.

— Ésa es una razon más admisible. Trátandose de una mujer, la observacion tiene fuerza. Y bien, ¿qué locura hará la señorita de Vegahonda? Porque en punto á locuras, tiene muchas donde escoger.

— Hará la locura de cajon, la locura que se cae de su peso: anochecerá y no amanecerá.

rá. Quiero decir, que cuando ménos lo piensen, tomará el portante con Lanuza, y habrá que ir á suplicarles que hagan el favor de casarse; la madre será la primera que se lo pida de rodillas.

— Dadas todas esas circunstancias, todavía queda otra dificultad.

— ¿Cuál?

— Voy á exponerla. ¿Cree V. que el Duque se esté mano sobre mano, viendo cómo le arrebatan la miseria de tan pingüe fortuna?

— ¿Y qué ha de hacer el Duque?

— Puede hacer mucho.

— Todo inútil.

— Tal vez no.

— Desengáñese V., Sr. D. Antonio: cuando ellas quieren.....

— Paso por eso; pero convenga V. en que el Duque echará el resto, jugando el todo por el todo.

— ¿Cómo?

— De un modo bastante corriente.

— Veamos.

— Pues imagine V. que busca camorra,

¡eso es tan fácil! y la encuentra, cosa que no es tampoco difícil. Provoca á su rival, éste acepta sin remedio, se arregla el lance, van al campo..... y..... calcule V. la suerte que corren los dos millones.

— En tal caso..... el Duque es hombre muerto.

— Hé ahí una seguridad inadmisibile.

— Lanuza es muy diestro y muy valiente.

— Es posible; pero el Duque tiene fama de espadachin, y ¡qué demonio! una vez en guardia, cruzados los floretes, no hay nadie que se atreva á dar un cuarto por la vida de ninguno de los dos.

— Veo que rechaza V. el negocio.

— No me conviene.

— Entónces he perdido el tiempo.

— No.

— ¿Pues?

— Me interesa Lanuza, es muchacho que promete, y tal vez encuentre lo que desea.

— ¡Bah! ya decia yo que el negocio era bueno.

— Es detestable..... pero acaso manejándose con maña, Redondo lo acepte.

—¡Redondo!.....

—Sí. Desde que V. me dió el papel, noté la curiosidad que lo dominaba, y yo, que soy un enemigo franco y leal, se lo puse encima de la mesa, para que, valiéndose él de sus mañas, lo leyera, y lo ha leído..... Acábelo V. de persuadir que yo acojo el negocio, y ya verá V. cómo suelta los dos millones..... por quitarme un duro de las manos es capaz de perder ciento.

Matusalem no vió en esto más que una esperanza que se daba á sus pretensiones, como para dulcificar la aspereza de tan rotunda negativa. Así es que, considerando inútil toda insistencia, resolvió retirarse desanimado, pero aparentando completa indiferencia.

Sin embargo, se marchó afligido, porque, como ya sabemos, profesaba á Lanuza un afecto entrañable, y deseaba con toda su voluntad sacarlo del apuro en que Medina lo habia puesto.

La carta de la criolla era oro, oro puro; pero, ¿dónde estaba ese oro? Hé ahí la averiguacion que embargaba su pensamiento.

Sintió desfallecer su ánimo, y empezó á creer que era preciso renunciar á la mano de la Marquesa, tierno objeto de todos sus afanes.